

Filosofía Experimental y Economía Experimental: un enfoque híbrido

Experimental philosophy and experimental economics: A hybrid approach

FERNANDO AGUIAR, ANTONIO GAITÁN,
BLANCA RODRÍGUEZ LÓPEZ*

IESA-CSIC, Universidad Carlos III, Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN. En este artículo presentamos las principales corrientes de la Filosofía Experimental y atendemos a una de las críticas más severas a la que se ha sometido este reciente programa de renovación metodológica. Según Antti Kauppinen la Filosofía Experimental está condenada al fracaso porque no puede obtener mediante sus métodos el tipo de intuiciones que interesan a los filósofos –las intuiciones robustas del hablante competente. Aun aceptando parte de las críticas de Kauppinen, en este artículo sostenemos, en primer lugar, que la supuesta incapacidad de la Filosofía Experimental para acceder a las intuiciones robustas de los hablantes tiene que ver en gran medida con los métodos experimentales empleados hasta ahora por los filósofos experimentales. En segundo lugar, defendemos que el proyecto de reforma llevado a cabo desde la Filosofía Experimental resultará viable solo si se adoptan una serie de consejos metodológicos procedentes de la economía experimental. Únicamente entonces podrán los experimentalistas responder con éxito a la objeción de Kauppinen.

Palabras clave: Competencia conductual; Competencia lingüística; Psicología experimental; Intuiciones conceptuales.

ABSTRACT. The aim of this paper is to present the main trends inside Experimental Philosophy, paying special attention to a severe criticism on this recent proposal of methodological change. According to Antti Kauppinen, Experimental Philosophy is doomed to failure because it cannot elicit through its methods the kind of intuitions philosophers are looking for –competent speakers’ robust intuitions. Even if Kauppinen’s criticism is partially right, in this article we hold, firstly, that the supposed inability of Experimental Philosophy to elicit speakers’ robust intuitions is due mainly to the kind of experimental methods used until now by experimental philosophers. Secondly, we claim that the project of reform in which Experimental Philosophy is embarked can be saved only if Experimental Philosophy accepts some methodological recommendations coming from Experimental Economics. Only by doing so experimental philosophers would successfully face Kauppinen’s criticism.

Key words: Behavioral competence; Linguistic competence; Experimental Psychology; Conceptual intuitions.

* Este trabajo ha recibido financiación del Gobierno de España, a través de los proyectos de investigación ‘Agencia, identidad y normatividad’ –FF2011-25131– (Fernando Aguiar y Antonio Gaitán) y ‘Conceptos de segundo orden: un enfoque expresivista’ –FFI2010-15704– (Antonio Gaitán).

Introducción

En los últimos años hemos asistido a un intenso debate sobre la necesidad de que la Filosofía, entendida como análisis conceptual, haga uso del método experimental propio de la Psicología y otras ciencias. En el centro de ese debate está lo que se conoce como Filosofía Experimental. Un buen modo de acceder a nuestra competencia conceptual, afirman los filósofos experimentales, pasa por analizar efectivamente las respuestas de los sujetos ante el tipo de escenarios que proponen los filósofos interesados en el análisis conceptual.

A pesar de su originalidad y de lo sugerente de algunos de sus resultados, la Filosofía Experimental ha sido criticada casi desde su misma formulación. En este artículo nos centramos en una variante crítica de tipo metodológico. Según esta variante, la Filosofía Experimental (en cualquier de sus posibles formulaciones) no sería capaz de identificar las intuiciones conceptuales robustas de los hablantes, una empresa, esta de identificar las intuiciones robustas, que parece ser el exclusivo dominio del análisis conceptual. La metodología empleada por la Filosofía Experimental sería la causa de este problema. Esa metodología parece incapaz de eliminar una serie de factores distorsionadores que impedirían aislar de modo fiable la competencia conceptual de los sujetos. En este artículo abordamos esta objeción metodológica general, abogando por la pertinencia metodológica para la Filosofía Experimental de la Economía Experimental. Para ello presentamos primero el panorama de la Filosofía Experimental y nos detenemos después en la crítica de Antti Kauppinen, para quien el proyecto está condenado al fracaso de antemano en todas sus variantes, pues no es posible obtener en el laboratorio lo que interesa de verdad a la filosofía: las intuiciones robustas de hablantes competentes. Aun aceptando parte de las críticas de Kauppinen a la Filosofía Experimental, tratamos de defender el proyecto, en las secciones segunda y tercera, mediante una serie de recomendaciones metodológicas procedentes de la economía experimental que permitan a los experimentalistas obtener intuiciones conceptuales robustas.

1. Análisis conceptual y Filosofía Experimental.

1.1. La Filosofía Experimental como reacción al programa clásico de análisis conceptual

La mayoría de los filósofos experimentales entienden su disciplina como una reacción al programa estándar de análisis conceptual (PEAC, en lo sucesivo) (Knobe y Nichols, 2008; Prinz, 2008; Knobe, 2007). Aunque existen innumerables formulaciones del PEAC (Strawson 1992; Smith 1994; Jackson 2000),

para los propósitos de este artículo bastará con asumir que lo que define al PEAC es su interés en identificar aquellas condiciones que determinan la aplicación correcta de un determinado concepto. Identificar las condiciones de aplicación de un concepto (C) consiste, según el PEAC, en proponer una paráfrasis en la que se emplea un vocabulario más simple o inteligible para entender el significado o el contenido de C (Strawson 1992, 2),

Aunque hay alguna divergencia en torno a cuestiones metodológicas específicas, para cualquier versión del PEAC una cosa parece clara: las intuiciones de los hablantes resultan fundamentales a la hora de analizar C. Tales intuiciones facilitan el material a partir del cual el filósofo acomete su tarea analítica. Las intuiciones de los hablantes, sin embargo, no están disponibles de modo inmediato para que el filósofo elabore su análisis conceptual. En el programa estándar los escenarios hipotéticos y los experimentos mentales facilitan las herramientas metodológicas necesarias para acceder a las intuiciones de los hablantes. Estas intuiciones, representadas en las reacciones del filósofo ante ciertas situaciones hipotéticas, ofrecen la materia prima fundamental del análisis conceptual.

La deferencia hacia las intuiciones de sentido común, *modeladas a partir de las intuiciones del filósofo*, constituye un indudable atractivo del PEAC. Sin embargo, esta peculiar deferencia metodológica hacia las intuiciones de los hablantes *tal y como éstas se reflejan en las intuiciones de los filósofos* implica dos problemas obvios:

- (i). ¿En qué medida son las intuiciones del filósofo representativas de la comunidad de hablantes como tal?
- (ii). ¿Cómo puede resolver el PEAC aquellos desacuerdos recalcitrantes que surgen cuando dos teorías centradas en un mismo concepto acomodan las intuiciones de los hablantes de modo análogo?

Para responder a (i) y (ii) se han ensayado diversas soluciones. Dos de estas soluciones merecen destacarse. Ambas miran hacia el método científico.

La primera vía usa información proveniente de la ciencia para perfilar y corregir una determinada propuesta de análisis conceptual (Appiah 2008). Apelar a la ciencia ofrecería una solución sencilla a situaciones de desacuerdo recalcitrante entre diferentes propuestas de análisis conceptual: de entre aquellos análisis en liza debemos preferir aquel que sea más consistente con la información facilitada por las teorías empíricas relevantes para el dominio en cuestión. Esta propuesta cuenta con numerosos defensores en la actualidad (Kornblith 2002).

El problema de esta alternativa, sin embargo, es que parece incapaz de resolver el primer problema apuntado arriba. Incluso si una determinada propuesta de análisis conceptual fuese válida a ojos de la ciencia, solucionando las si-

tuaciones de desacuerdo recalcitrante que preocupan a (ii), aún podría preguntarse por el estatuto de esas intuiciones – el foco de (i): ¿Son las intuiciones del filósofo representativas de los criterios reales de aplicación por los que se rige el uso de un determinado concepto? Responder a esta pregunta exige, por tanto, algo más que dirimir el engarce entre una determinada propuesta de análisis y lo que nos dicen algunas disciplinas científicas.

Para muchos filósofos la respuesta exige, como mínimo, probar de modo empírico si las intuiciones de los filósofos acerca de un determinado concepto coinciden realmente con las intuiciones de los sujetos que usan ese concepto (Machery y O'Neill 2014). Según estos filósofos, si queremos determinar los criterios que fijan la aplicación de un concepto partiendo de las intuiciones de los hablantes (como el PEAC asume), entonces deberíamos tratar de acceder de modo directo a esas intuiciones, sin presuponer que el filósofo que examina casos hipotéticos y experimentos mentales nos puede ilustrar sobre su contenido. Apelemos, recomiendan, a la metodología propia de la ciencia —observación controlada y sistemática del fenómeno a estudiar— para extraer aquellas intuiciones de las que se nutre el análisis conceptual

1.2 Las tres caras de la Filosofía Experimental

Lo que acabamos de apuntar arriba esboza la motivación metodológica central de la Filosofía Experimental. Si atendemos a la práctica efectiva de aquellos que se autodenominan filósofos experimentales, esa motivación se ha implementado de tres formas diferentes.

Para algunos de sus practicantes, la Filosofía Experimental no pretende romper de manera radical con la metodología propia del análisis conceptual. La Filosofía Experimental sería fundamentalmente un modo de operativizar de forma más efectiva el método propio del análisis conceptual (Nadelhoffer y Nahmias, 2007). Entendida como *análisis experimental*, la Filosofía Experimental coincidiría con el análisis conceptual en tomar las intuiciones de los hablantes como punto de partida. A diferencia del análisis conceptual clásico, no obstante, el análisis experimental insistiría en la necesidad de usar métodos cuantitativos y sistemáticos a la hora de acceder a esas intuiciones (Weinberg 2007). Jesse Prinz ha formulado de forma sugerente el ideal que anima a esta corriente dentro de la Filosofía Experimental:

“Así, los experimentos típicos realizados por filósofos preguntan a los sujetos cuestiones que han sido tradicionalmente acometidas por los filósofos cuando reflexionan sobre un determinado concepto. Los métodos tradicionales de la filosofía no son eliminados; simplemente se democratizan” (Prinz 2008, 199)

Aunque el análisis experimental esbozado en la cita de Prinz es un programa muy extendido, para muchos filósofos - y para un número creciente de científicos cognitivos, antropólogos y científicos sociales interesados en el andamiaje psicológico de nuestro sistema conceptual - la Filosofía Experimental podría ir un poco más allá en su intento de suplementar metodológicamente el PEAC. En línea con este descontento, el denominado *descriptivismo experimental* (Knobe y Nichols, 2008) defiende que nuestro interés en las habilidades conceptuales de los hablantes debería verse mediado por una exploración de la relación entre esas habilidades conceptuales y las capacidades o procesos psicológicos que subyacen a las mismas. Thomas Nadelhoffer y Eddie Nahmias caracterizan el descriptivismo experimental del siguiente modo:

“Un objetivo de este proyecto es entender mejor la naturaleza de aquellos procesos y mecanismos psicológicos que producen nuestras intuiciones, explorando su relevancia para cuestiones filosóficas” (Nadelhoffer y Nahmias 2007, 127)

Por último, algunos filósofos son menos optimistas acerca del engarce entre el método clásico y la Filosofía Experimental. Englobados en lo que se ha denominado *restriccionalismo experimental*, estos filósofos defienden que la Filosofía Experimental debe limitar el uso de las intuiciones de los hablantes a la hora de fundamentar una determinada propuesta de análisis conceptual (Machery *et al.* 2004; Weinberg *et al.* 2001; Nichols *et al.* 2003; Alexander y Weinberg 2007; Alexander 2012, 82-84. Para formulaciones previas, menos experimentales consultar Devitt 1994; Elgin 1996 y Kornblith 2002, 2007). Puesto que muchas de nuestras intuiciones sobre determinados conceptos están sujetas a variación cultural (Weinberg *et al.* 2001), así como a determinantes contextuales irrelevantes (Petrinovic y O’Neill 1996; Swain *et al.* 2008), los defensores de esta interpretación entienden que esas intuiciones ofrecen un material de dudosa relevancia para la construcción de una teoría sobre un determinado concepto. Para el restriccionismo experimental, por tanto, el postulado central de la Filosofía Experimental nos comprometería con un escepticismo generalizado sobre la relevancia de las intuiciones de los hablantes a la hora de construir teorías filosóficas. Este escepticismo diferencia al restriccionismo de los dos programas anteriores.

A tenor de lo anterior se podría defender que la Filosofía Experimental se dice de muchas maneras. Sin embargo, cuando reparamos en la variedad de propuestas que articulan esta corriente también resulta evidente que todas esas rutas comparten una asunción metodológica común. Esta asunción acentúa la relevancia de los métodos empírico-cuantitativos a la hora de abordar cuestiones filosóficas de naturaleza conceptual, cuestiones que tienen que ver con las in-

tuiciones de los hablantes sobre un determinado concepto. Bien sea para fundamentar plenamente las credenciales del análisis conceptual (*análisis experimental*), o para suplementar ese análisis con información adicional proveniente de la psicología, la economía o la neurociencia (*descriptivismo experimental*), o incluso para criticar los presupuestos universalistas del método clásico (*restricción experimental*), todas las versiones esbozadas arriba asumen que podemos acceder a las intuiciones de los hablantes a través de los métodos experimentales propios de la ciencia cognitiva y la psicología social.

1.3. Una objeción metodológica común

Acabamos de defender que cualquier versión dentro de lo que actualmente se conoce como Filosofía Experimental acentúa la relevancia de la observación controlada y sistemática a la hora de abordar cuestiones filosóficas de naturaleza conceptual. Este compromiso constituye el mínimo común compartido por todas las versiones de Filosofía Experimental. Ahora bien, ¿resulta incontrovertible este mínimo metodológico común? Ni mucho menos. En la literatura reciente esta asunción común ha sido criticada desde diversos frentes (Weinberg 2007, 69; Knobe y Nichols 2008, 9; Alexander 2012, 110-113). En esta subsección nos ocupamos de una versión particular de esta crítica formulada por Antti Kauppinen (Kauppinen 2007)

Según Kauppinen, el análisis conceptual es primordialmente un proyecto metodológico interesado en determinar el significado de un término partiendo de cierto subconjunto de intuiciones de los hablantes. Las intuiciones que interesan al proyecto estándar son, según él, aquellas que hablantes *competentes* expresarían en condiciones *ideales* y sin ser influidos por factores *pragmáticos* (Kauppinen 2007, 101). Ese subconjunto de intuiciones fijaría la competencia conceptual *robusta* de los hablantes, y sobre ese subconjunto se debería acometer el análisis de un determinado concepto.

El problema es que una vez que asumimos lo anterior parece complicado que accedamos al nivel de competencia que interesa al PEAC a través de la metodología propia de la Filosofía Experimental (cuestionarios, viñetas, etc.). Es importante destacar que esta incapacidad metodológica general afectaría a cualquiera de las tres variantes de la Filosofía Experimental. Es decir, puesto que todas esas variantes parten de los datos suministrados por tales medios, todas las variantes dentro de la Filosofía Experimental (con independencia de su fin último) estarían sujetas a la objeción metodológica de Kauppinen.

Pero Kauppinen no sólo critica el componente metodológico común a toda la Filosofía Experimental. Además adelanta una propuesta positiva encaminada a afrontar la incapacidad metodológica de la Filosofía Experimental. La solu-

ción de Kauppinen profundiza en algunas asunciones centrales para PEAC a fin de acomodar un nivel robusto de competencia conceptual, uno que no siempre coincide con el objeto de la Filosofía Experimental. Según Kauppinen, la forma canónica mediante la que la filosofía analítica apela a intuiciones conceptuales es la siguiente:

(I) S; en S diríamos (o no) que X es C

S es la descripción de un caso especial, imaginario o real, X es un elemento del caso y C el concepto que se aplica (o no se aplica) a X. Lo que hace la Filosofía Experimental, al modo de ver de Kauppinen, es traducir (I) en (E):

(E) (I) predice lo que la mayoría de la gente diría (o no) sobre C si X se les presentase

Según Kauppinen (E) es falsa. Kauppinen aduce algunas razones para oponerse a (E). A su modo de ver, los sondeos (*surveys*) que llevan a cabo los filósofos experimentales no tienen en cuenta, como adelantamos arriba, que la expresión de las intuiciones de los hablantes es *elíptica*. Además, la metodología típica de la Filosofía Experimental no puede controlar aquellos aspectos pragmáticos –las famosas implicaturas conversacionales de Grice– que afectan a la corrección o propiedad de las afirmaciones de las personas que toman parte en los experimentos filosóficos. Debido a estos problemas, que exponemos después con más detalle, Kauppinen considera que es preciso releer (E) de la siguiente manera:

(A) ‘En S, afirmar que la mayoría de la gente diría que X es C’ es una hipótesis acerca de cómo (1) los usuarios competentes de los conceptos responderían en esa situación si (2) consideraran el caso en condiciones suficientemente ideales y si (3) su respuesta únicamente estuviese influida por factores semánticos” (Kauppinen 2007, 101)

Kauppinen aduce que las condiciones fijadas en (A) no pueden ser satisfechas por (E), un postulado que según él parece limitarse a establecer predicciones empíricas sobre las intuiciones conceptuales de los hablantes a partir de su disposición a responder a un sondeo, a una viñeta a o un cuestionario (en la siguiente sección volveremos sobre este asunto). En (A), por el contrario, no se interpreta el análisis conceptual como una predicción empírica, sino como una *hipótesis* sobre el uso de los conceptos por parte de usuario competentes. Dicha hipótesis solo se puede poner a prueba, según Kauppinen, entablando un

diálogo con los sujetos bajo examen, al modo socrático, lo que viola el espíritu y la letra de las cuasi-observaciones de los experimentalistas (Kauppinen 2007, 96 y 196).

Lo anterior implica, según Kauppinen, que puesto que las condiciones fijadas por (A) no se pueden llevar a cabo mediante encuestas o cuestionarios, debemos *abandonar la Filosofía Experimental* como vía metodológica encaminada a suplementar el análisis conceptual. Ahora bien, ¿resulta definitiva la crítica de Kauppinen para aquellos filósofos comprometidos con el ideal metodológico común que subyace a cualquier versión de la Filosofía Experimental? Aquí defenderemos algo bastante simple: la pluralidad de propuestas metodológicas dentro de las Ciencias Sociales nos invita a explorar programas experimentales alternativos, programas que podrían ayudarnos a acceder a las intuiciones robustas de los hablantes a partir de metodologías experimentales alejadas de los simples cuestionarios y encuestas. Como apuntan Nadelhoffer y Nahmias:

“Tal y como se formula, el argumento de Kauppinen descansa en la cuestionable asunción de que el destino de la Filosofía Experimental está ligado a la metodología predominante dentro de esta nueva corriente filosófica. Sin embargo, una vez que nos desembarazamos de esta asunción gran parte de las objeciones presentadas por Kauppinen pierden su fuerza” (Nadelhoffer y Nahmias. 2007, 132).

De este modo, y asumiendo la centralidad de las intuiciones robustas de los hablantes a la hora de fijar el contenido de un determinado concepto, la vía que queremos motivar en este artículo trataría de buscar en el laboratorio *lo mismo* que ha buscado siempre el PEAC *pero con más rigor*. Se trataría de identificar intuiciones informadas o robustas que sirvan de evidencia para la formulación de tesis conceptuales y de establecer relaciones entre esas intuiciones, nuestra competencia conceptual y la evidencia facilitada por otras teorías en relación con esa competencia conceptual.

2. Respondiendo a la objeción metodológica común

Hasta ahora hemos asumido la preeminencia de las intuiciones a la hora de modelar la metodología propia del análisis conceptual. También hemos asumido que, entre quienes aceptan que las intuiciones conceptuales deben formar parte del dominio específico de ese modo peculiar de hacer filosofía, la disputa gira en torno al tipo de metodología que nos permitiría acceder a esas intuiciones de manera fiable.

Como hemos visto, para Kauppinen la Filosofía Experimental solo garantiza el acceso a intuiciones superficiales “mínimamente reflexivas” (Liao 2008, 260),

dejando en suspenso si mediante las viñetas y cuestionarios podemos acceder a las intuiciones robustas de los sujetos que participan en los experimentos. La Filosofía Experimental, por su parte, se defiende de esta crítica aduciendo que los experimentos mentales, el diálogo socrático u otros métodos tradicionales no empíricos son incapaces de asegurar que las intuiciones conceptuales de los hablantes, incluso las intuiciones robustas derivadas del mejor ejercicio de ese método socrático, no sean más que simples prejuicios de los filósofos.

Asumiendo lo anterior, en esta sección exploraremos una vía alternativa para fundamentar metodológicamente la Filosofía Experimental. Nuestra propuesta asume el énfasis de Kauppinen en la poca fiabilidad de los métodos usados por los filósofos experimentales para acceder a esas intuiciones conceptuales. Sin embargo, la vía alternativa que queremos explorar no comparte el excesivo pesimismo de Kauppinen. Para huir de ese pesimismo proponemos explorar una variedad de Filosofía Experimental que se mira en el espejo de la Economía Experimental y que accede a las intuiciones robustas de los hablantes sin apelar a métodos tan nebulosos como el diálogo socrático.

2.1 Cuestionarios e intuiciones conceptuales robustas

La Filosofía Experimental apela constantemente al uso de cuestionarios y viñetas para acceder a las intuiciones de los hablantes en relación con un determinado concepto. Esta elección metodológica, sin embargo, resulta tremendamente controvertida. Dejando a un lado el hecho de que esos cuestionarios constituyen una opción metodológica minoritaria dentro de la psicología experimental al uso (Cullen 2010), un problema general acecha a quienes los usan para acceder experimentalmente a las intuiciones conceptuales de los hablantes. El problema, traído a colación por Kauppinen, es que debido a su incapacidad para controlar una serie de factores que podrían distorsionar las respuestas de los sujetos, los cuestionarios y viñetas típicos de la Filosofía Experimental no garantizan que accedamos a las intuiciones robustas de los hablantes sobre un determinado concepto (Kauppinen 2007, 105).

Dos tipos de factores distorsionadores nos impiden afirmar que las respuestas de los sujetos experimentales ante una viñeta o un cuestionario expresan sus intuiciones efectivas sobre el uso de un determinado concepto. El primer tipo de factores son internos a los propios cuestionarios. Esos factores ocasionan que en algunos casos los sujetos experimentales no entiendan el *significado* de la pregunta que se les está formulando (Nadelhoffer y Nahmias 2007, 133-134; Scholl 2014).

Los factores distorsionadores internos se dividen en *factores distorsionadores internos puramente semánticos* y *factores distorsionadores internos de*

tipo formal. Un ejemplo del primer subtipo de factores lo constituyen las respuestas de los sujetos experimentales que participaron en los primeros experimentos de Joshua Knobe (Knobe 2003, 2006). Knobe descubrió que la aplicación del término ‘intencional’ para describir la elección de un sujeto A varía dependiendo de cómo se describan las consecuencias de la elección de A. Cuando esas consecuencias se asocian con resultados moralmente incorrectos los sujetos tienden a describir la acción de A en clave intencional, algo que sucede en menor grado cuando los resultados de la acción de A son moralmente positivos.

El problema con el efecto identificado por Knobe –*Knobe effect*– es que cabe la posibilidad de que los sujetos estén respondiendo a dos tipos de preguntas en la tarea relevante. Por un lado, los sujetos podrían estar respondiendo a una pregunta relativa a la intencionalidad de cierto comportamiento: *¿dañó el presidente de la empresa el medioambiente intencionalmente?* Esta pregunta es la que Knobe quiere formular explícitamente. Sin embargo, algunos mantienen que los sujetos estudiados por Knobe también podrían estar respondiendo a una pregunta enteramente diferente al tratar de responder a la pregunta anterior. Los sujetos podrían estar respondiendo a la pregunta de si *resulta moralmente correcto lo que hizo el presidente de la empresa* (Adams y Steadman, 2004). Para responder a esta segunda pregunta, los sujetos experimentales determinarían primero si lo que hizo el presidente fue moralmente correcto, fijando después la intencionalidad de lo que hizo de modo tal que ese juicio de intencionalidad se ajustase a su veredicto moral y al deseo de castigarlo que está normalmente asociado con ese veredicto. Lo mejor para lograr ese complejo ajuste, sin embargo, implica que juzguemos que la acción del presidente fue intencional.

El problema con esta línea de razonamiento es que si los sujetos interpretan la pregunta de Knobe según esta segunda vía, entonces no están respondiendo a la pregunta explícitamente formulada por él. Y esto implica que para que los datos derivados de las respuestas de los sujetos que participan en el experimento de Knobe sean realmente significativos debe eliminarse la posibilidad de que los sujetos que participan en este experimento tengan en mente la segunda pregunta esbozada arriba. Pero nada en el diseño experimental de este experimento elimina esta posibilidad (Nichols 2004; Scholl 2014).

El otro subconjunto de factores internos (*factores internos de tipo formal*) es más fácil de ejemplificar. Un ejemplo de esta variedad de factores lo constituye la variación en las respuestas de los sujetos ante un mismo escenario dependiendo del modo de presentación de esas respuestas, esto es, de cómo se presentan las opciones de respuesta, si esas respuestas se presentan de modo dicotómico, mediante una escala, etc. (Swain *et al.* 2008; Petrinovich y O’Neill 1996).

El segundo tipo de factores que distorsionan las respuestas que se extraen de los cuestionarios (dificultando el establecimiento de una correlación fiable entre esas respuestas y las intuiciones conceptuales ‘robustas’ de los sujetos experimentales) tiene que ver con factores pragmáticos, factores que modularían, en virtud de elementos contextuales, la comprensión de los sujetos de aquellos cuestionarios y viñetas usados por los filósofos experimentales. Estos factores contextuales incidirían significativamente en la comprensión de la tarea pertinente. A este nivel se ha explorado la incidencia de factores contextuales asociados con la mera descripción de los escenarios (Schwarz 1996, 1999; Kahneman y Tversky 2000) o con la percepción de autoridad por parte de los sujetos experimentales (Norenzayan y Schwarz 1999).

Para ilustrar la incidencia de este tipo de factores centrémonos en un influyente trabajo sobre intuiciones epistémicas (Weinberg *et al.* 2006), Jonathan Weinberg y sus colaboradores presentaron a los sujetos experimentales la siguiente escena hipotética, entre otras muchas similares, y una pregunta vinculada a la escena con dos posibles respuestas:

“A Dave le gusta lanzar monedas al aire. Algunas veces Dave experimenta un ‘sentimiento especial’ que le anuncia que la siguiente moneda caerá de cara. Cuando experimenta este ‘sentimiento especial’ Dave acierta la mitad de las veces, fallando la otra mitad. Justo antes de la siguiente tirada, Dave experimenta ese ‘sentimiento especial’, lo que le lleva a creer que la próxima moneda caerá de cara. Dave tira la moneda y esta sale cara.

¿Sabía realmente Dave que la moneda iba a caer de cara, o simplemente creía que eso iba a pasar?

SABE REALMENTE

SOLO CREE”

Analizando las respuestas de 66 sujetos de distinta procedencia cultural (occidentales frente a orientales) y social (clases altas y clases bajas), los autores concluyeron que las intuiciones epistémicas sobre este caso particular varían dependiendo de (i) la cultura y el grupo socioeconómico al que se pertenezca y (ii) del orden en que se presenten los casos así como de la formación filosófica de los sujetos.

Weinberg y sus colaboradores afirman que estos resultados sustentan una variedad de *restriccionismo experimental*. Según esta variedad de restriccionismo, la idea de que el epistemólogo puede justificar intuiciones epistémicas y otorgarles valor normativo mediante un proceso de equilibrio reflexivo debe ser rechazada de plano. Ese proceso de equilibrio reflexivo no tiene en cuenta la distribución efectiva de esas intuiciones en diferentes poblaciones, no sir-

viendo por tanto para establecer una conclusión válida sobre la competencia conceptual de todos los sujetos que aplican el concepto ‘saber que’ (Weinberg *et al* 2001).

Pero aquí no nos interesan los resultados del experimento de Weinberg, tampoco las posibles interpretaciones de estos resultados, sino más bien la incidencia metodológica de ciertos factores pragmáticos en las respuestas de los sujetos ante cuestionarios como el esbozado arriba. A este nivel se pueden rastrear tres aspectos en la formulación del cuestionario que podrían motivar una interpretación ‘pragmáticamente enriquecida’ en algunos de los sujetos que responden a este. Esta posibilidad dificultaría la interpretación de las respuestas de los sujetos, matizando quizás la interpretación general de los datos facilitados por Weinberg.

Llama la atención, por ejemplo, que el término “sentimiento especial” se ponga entre comillas. Existen diversas convenciones en relación con el uso de las comillas en el discurso escrito. Según la convención más general y extendida, debemos usar comillas cuando nuestra intención es citar textualmente lo que alguien dijo. Otra convención, sin embargo, podría justificar el uso de comillas cuando queremos tomar distancia en relación con la opinión que citamos. La importancia de esta distinción reside en que para quienes interpreten las comillas del primer modo, Weinberg y sus colaboradores estarán simplemente citando lo que Dave dijo. Por el contrario, a quienes entiendan que la convención operativa en este caso es del segundo tipo, les parecerá racional interpretar que Weinberg y sus colaboradores toman cierta distancia hacia ese sentimiento especial citado por Dave, minimizando la relevancia epistémica de esos sentimientos. Si además parece sensato aventurar que este segundo grupo de sujetos podría asignar por defecto cierta deferencia epistémica a Weinberg, derivada en parte de su estatus como profesor de Epistemología en una importante universidad, parece atinado concluir que las respuestas analizadas por Weinberg no son enteramente fiables para determinar las intuiciones de los agentes en este dominio.

Lo mismo podría decirse del uso de “SABE REALMENTE” cuando se contraponen a “SOLO CREE”. Contraponer ambas opciones podría legítimamente implicar que la distinción entre conocimiento efectivo y (mera) creencia resulta pertinente (Cullen 2010, 280). Pero implicar esto presupone precisamente un compromiso con aquello que se quiere comprobar experimentalmente.

El diseño experimental se caracteriza por el estricto control de los factores que afectan al fenómeno que se busca en el laboratorio. Lo que indican las consideraciones que acabamos de hacer, sin embargo, es lo complicado que resulta controlar la influencia de intuiciones conceptuales externas —del experimentalista, o ligadas a ciertas convenciones sociales— sobre las respuestas de los sujetos. Por tanto, la simple respuesta a cuestiones hipotéticas nos aleja dema-

siado de un control efectivo de aquellos factores que podrían incidir en dichas respuestas: puede que, como afirma Prinz, los métodos tradicionales de la Filosofía se democratizen mediante el uso de estos cuestionarios (Prinz 2008), pero desde luego no tendremos un verdadero análisis *experimental* si seguimos apegados a las viñetas y cuestionarios.

2.2 Hacia una Filosofía Experimental metodológicamente fuerte

Los cuestionarios y viñetas no pueden modelar experimentalmente las condiciones ideales que permitirían acceder, siguiendo la formulación de Kauppinen, a las intuiciones robustas de los hablantes. Esos cuestionarios y viñetas están sujetos, como acabamos de ver, a multitud de factores que contribuyen a sesgar la respuesta de los sujetos. Y ese sesgo invalida muchas de las interpretaciones que se hacen al hilo de esas respuestas.

A pesar de este problema general, conviene recordar que los cuestionarios y viñetas no son los únicos métodos experimentales disponibles para hacer Filosofía Experimental. Asumida esta obviedad, el objetivo de esta subsección pasa por esbozar una metodología alternativa para la Filosofía Experimental.

Empecemos por un poco de Metodología de la Ciencia. A este nivel conviene recordar que la diferencia básica entre métodos estrictamente experimentales, de un lado, y métodos filosóficos y quasi-experimentales que parten de las intuiciones de los hablantes, de otro, reside en que los primeros sí pueden controlar los factores que afectan a la capacidad, la oportunidad y el deseo de las personas de hacer juicios ponderados. Los métodos experimentales, según esto, tienen *validez interna*, una validez de la que carecen los métodos filosóficos y quasi-experimentales.

Aplicada a lo que presentamos en la sección anterior, esta reformulación vendría a señalar que, en la medida en que el filósofo experimental es incapaz de controlar el efecto irrelevante de variables o factores superfluos (semánticos o pragmáticos), sus experimentos carecen de validez interna (Morton y Williams 2010, 44). Ahora bien, si los métodos experimentales propios de la Filosofía Experimental (cuestionarios y viñetas) no pueden garantizar la validez interna de los resultados, ¿qué tipo de metodología experimental podría facilitar a la Filosofía Experimental ese marchamo de validez interna?

Creemos que la respuesta pasa por atender a la metodología propia de la Economía Experimental. Dicho de otro modo: la Filosofía Experimental podría acceder a las intuiciones robustas de los hablantes si modelase sus experimentos a partir de algunos principios metodológicos básicos provenientes de la Economía Experimental.

La Economía Experimental estudia las elecciones reales de los agentes en

contextos de interacción en los que existen incentivos económicos. La finalidad de este tipo de estudios es variada. Usualmente se trata de testar modelos decisionales abstractos, comprobando en qué medida las predicciones de estos modelos se implementan de modo efectivo. Pero también hay numerosos estudios que exploran el impacto en las decisiones de los agentes de algún tipo de variación contextual o institucional y otros que tratan de entender mejor algunos aspectos relacionados con la implementación institucional de ciertas políticas (Diamond y Vartianen 2008; Guala 2008).

Las situaciones que interesan al economista experimental son interacciones entre agentes descritas de modo preciso, interacciones en las que se especifican las ganancias y pérdidas asociadas a cada posible elección. En el Juego del Ultimátum (JU), por ejemplo, se le dan 10 euros a uno de los jugadores (A) y se le pide que lo reparta con otro jugador (B). El ‘guión experimental’ que rige el JU estipula que si B acepta la oferta de A, ambos se quedan con su parte del reparto. Si, por el contrario, B rechaza la oferta de A, JU estipula que ambos jugadores se quedan sin nada. Los economistas experimentales han descubierto que en estos contextos los sujetos que ocupan la posición de A tienden a ofrecer un porcentaje cercano a la mitad de su dinero y aquellos que ocupan el rol de B muestran una disposición a rechazar cualquier oferta que esté por debajo de un 20% de la suma total de la que A dispone (Fehr y Fischbacher 2003).

Pero antes que los resultados concretos que se extraen de estos experimentos, lo que nos interesa en este artículo es la metodología que subyace a estos estudios, el modo en que esa metodología podría ser aprovechada por la Filosofía Experimental para acceder a las intuiciones robustas de los hablantes, dotando a esta nueva corriente de validez interna. A este nivel meta-metodológico dos opciones parecen obvias. Según una postura extrema, la Filosofía Experimental debe renunciar enteramente a las viñetas y cuestionarios a favor de los ‘scripts’ típicos de la Economía Experimental. Una postura más ecuménica, en cambio, sugiere que aunque la Filosofía Experimental puede seguir siendo fiel a su metodología, usando cuestionarios y viñetas para acceder a las intuiciones de los hablantes. Ese enfoque, sin embargo, debería completarse con métodos experimentales provenientes de la Economía Experimental (Aguiar, Gaitán y Rodríguez López, 2014).

En este trabajo defendemos que la segunda opción facilita la mejor vía para enriquecer metodológicamente la Filosofía Experimental. Pero antes de desarrollar estas propuestas, conviene delimitar los rasgos metodológicos de la Economía Experimental. En lo que sigue esbozamos esos rasgos, atendiendo a dos cuestiones al hilo de nuestra exposición:

(i) ¿En qué medida cada uno de los rasgos metodológicos centrales de la Economía Experimental establece una diferencia sustantiva en relación con la metodología al uso entre los filósofos experimentales?

(ii) ¿En qué medida puede la Economía Experimental (definida a partir de esos rasgos) acomodar el foco de interés de la Filosofía Experimental - las intuiciones robustas de los agentes sobre el dominio de aplicación de un determinado concepto?

En un influyente artículo, Ralph Hertwig y Andreas Ortmann (Hertwig y Ortmann 2001, H&O en lo sucesivo) han propuesto cuatro variables que diferenciarían los experimentos realizados por economistas experimentales de los experimentos propios de la Psicología Experimental. Estas cuatro variables minimizarían, según H&O, el problema de validez interna que acecha a gran parte de la Psicología Experimental. En la medida en que la Filosofía Experimental se mira de modo destacado en la Psicología Experimental conviene atender a esas variables. Quizás la conjunción de esas variables y la constatación de sus lagunas metodológicas puedan servir para suplementar (metodológicamente) la Filosofía Experimental¹.

(a) Facilitar un guion no es lo mismo que improvisar

En Economía Experimental el experimento típico facilita a los sujetos un guion detallado en el que se especifica el rol de cada participante, el tipo de tarea que el experimentador quiere que cada participante realice, las opciones ligadas a cada rol y las ganancias o pérdidas derivadas de cada elección. Así, por ejemplo, los sujetos experimentales pueden ser compradores o vendedores en un experimento de mercado, y como tales tomarán decisiones en el contexto facilitado por el experimento. El rol de cada participante, aunque ficticio, no será enteramente imaginario: las decisiones o respuestas de cada participante tendrán consecuencias reales para ellos en términos monetarios.

En los experimentos psicológicos, en cambio, no se suele proporcionar a los sujetos experimentales guiones tan detallados. La ausencia de guiones fuerza la improvisación de los sujetos, legitimando el tipo de inferencias pragmáticas que pueden distorsionar sus respuestas, inferencias que algunas veces se sustentan en las expectativas que los sujetos experimentales tienen en relación con

¹ H&O restringen el dominio de la Psicología Experimental a cuestiones tales como la toma de decisiones (un ámbito que H&O sitúan en la intersección de la Economía y la Psicología), la cognición social, la resolución de problemas y el razonamiento, tanto en su vertiente individual como social. H&O dejan fuera, por tanto, estudios sobre percepción, atención, emoción o memoria (Hertwig & Ortmann 2001, 384).

los experimentadores (Hertwig y Ortman 2001, 385). Esta ausencia de pautas definidas permite que en la mayoría de los experimentos filosóficos los sujetos puedan responder lo primero que se les pase por la cabeza, sin que el experimentalista tenga control alguno sobre esas respuestas.

(b) Repetir los ensayos no es lo mismo que hacerlo una sola vez

Los economistas experimentales repiten los experimentos, tratando de que los sujetos se habitúen a la tarea que se quiere estudiar. La repetición de las tareas tiene como fin, por un lado, que los individuos se familiaricen con el entorno experimental. Por otro lado, repetir los experimentos ayuda a determinar la influencia del aprendizaje en las respuestas y decisiones de los sujetos (Hertwig y Ortman 2001, 387).

Frente a la repetición de las tareas, la Psicología Experimental tiende a examinar la competencia del sujeto de modo discreto, minimizando el rol del aprendizaje y las respuestas de otros sujetos experimentales. Este rasgo no es uniforme, y claramente está menos acentuado en ámbitos experimentales relacionados con la decisión. En esos ámbitos de investigación psicológica los diseños secuenciales son herramienta común (Fehr y Gächter 2002). Pero a pesar de esta puntualización, parece atinado afirmar que la mayoría de los experimentos llevados a cabo por los Psicólogos Experimentales, y por ende por los Filósofos Experimentales que se inspiran en los diseños de aquellos, se centran en *una respuesta del sujeto*, ante un evento descrito en un cuestionario o viñeta. Cualquier variable ligada con la interacción estratégica o el aprendizaje, por tanto, se ignora completamente.

(c) Facilitar incentivos económicos no es lo mismo que participar gratis

Los experimentos económicos superan buena parte de los problemas de validez interna que atenazan a muchos experimentos psicológicos porque introducen incentivos que reducen el nivel de error. En relación con esto, Francesco Guala apunta:

“La tasa de error, o el “ruido”, en los datos experimentales se reduce en muchos de esos casos mediante la introducción de incentivos, como si los sujetos prestaran, efectivamente, mayor atención a lo que hacen y, por lo tanto, se aproximaran más a la teoría normativa” (Guala 2005, 240).

Tanto en los experimentos económicos como en los psicológicos se paga a los individuos por participar, pero son minoría los experimentos psicológicos

que establecen incentivos en función de cómo se realice la tarea durante el experimento mismo (*task-related incentives*). La justificación de este tipo de incentivos es triple (Guala, 2005; Bardsley *et al.* 2010).

En primer lugar, los incentivos ligados a la tarea permiten distinguir entre motivaciones extrínsecas e intrínsecas de los sujetos, lo cual contribuye al control de las variables no observables y, por lo tanto, a la validez interna del experimento: es más fácil saber si una persona actúa por altruismo, por ejemplo, cuando rechaza una y otra vez todos los incentivos económicos que se le puedan ofrecer.

En segundo lugar, los incentivos ligados a la tarea fomentan el esfuerzo cognitivo. Este esfuerzo, como se sabe, es costoso. Los incentivos aseguran en mayor grado que los sujetos experimentales fijarán su atención en la tarea que tienen que realizar.

Finalmente, los incentivos ligados a la tarea permiten que se reduzca la variabilidad en la actuación (*performance variability*). Si a los individuos se les presenta, por ejemplo, un conjunto de principios de justicia (o epistémicos o morales) y de la elección de uno u otro depende la recompensa que reciban (ellos o los demás sujetos), esos incentivos disminuirán la probabilidad de que los sujetos elijan al azar y en consecuencia minimizarán la variación arbitraria de las respuestas.²

Dado el enorme coste cognitivo que implica la generación de intuiciones sobre muchas de las viñetas usadas por los filósofos experimentales, minimizar alguno de los riesgos apuntados arriba mediante el uso de incentivos monetarios efectivos podría facilitar un nivel adicional de control sobre los diseños experimentales de la Filosofía Experimental.

(d) Ser honesto con los sujetos experimentales no es lo mismo que engañarlos

Los psicólogos alegan que en muchas ocasiones engañar a los sujetos experimentales es una necesidad metodológica (Kimmel, 1998). A su modo de ver, hay dos razones para defender esa necesidad. En primer lugar, si no se les engañara, los sujetos podrían responder de forma estratégica y el experimentalista no tendría control sobre el experimento. En segundo lugar, el engaño produce situaciones de gran interés que merece la pena estudiar y que pueden no surgir de forma natural.

El engaño, en cambio, está radicalmente prohibido en los experimentos de los

² “Las recompensas económicas reducen las diversas acciones de los sujetos, ayudándolos a encontrar la respuesta “correcta” a la tarea experimental” (Guala 2005, 240).

economistas porque creen que mina la confianza de los sujetos en el experimentalista y, por lo tanto, sus beneficios son menores que sus costes. Es importante remarcar que no se trata de una cuestión moral, sino puramente metodológica. Aunque también tiene que ver con la naturaleza de las capacidades que se pretenden estudiar. Las respuestas que interesan al economista experimental son de tipo complejo, exigiendo un grado de articulación y control tal que cualquier engaño en relación con esas respuestas —frente a lo que sucede, por ejemplo, en el estudio de la percepción, una capacidad a la que subyace multitud de procesos sub-personales sobre los que tenemos poco control— distorsionaría las conclusiones experimentales sobre el ejercicio de las respuestas que son objeto de estudio.

Sin embargo, hasta donde nosotros sabemos, pocos filósofos experimentales recurren al engaño a la hora de abordar las diferentes cuestiones sobre intencionalidad, moralidad, determinismo, libertad, etc., que les suelen interesar.

3. *¿Una nueva Filosofía Experimental o una Filosofía Experimental suplementada?*

Hasta aquí las cuatro variables experimentales que definen a la Economía Experimental. En relación con la pregunta (i) de unas páginas más arriba, la exposición que acabamos de hacer deja claro que las cuatro variables que H&O identifican como metodológicamente centrales en la Economía Experimental se ejemplifican de modo desigual en los diseños típicos en Psicología Experimental. En la medida en que la Filosofía Experimental se mira en el espejo de la Psicología Experimental, esa ejemplificación desigual puede trasladarse al caso de la Filosofía. Las consecuencias de esa traslación serían inmediatas. Quizás, por poner un ejemplo, la divergencia metodológica entre la Economía Experimental y la Psicología y Filosofía Experimental podría dar cuenta de la supuesta variabilidad de las intuiciones sobre algunos conceptos, de su supuesto relativismo sociocultural (Weinberg *et al.* 2001). Esta variabilidad quizá sea producto del peculiar método experimental empleado en algunos de los experimentos más citados en Filosofía Experimental.

Ahora bien, dejando a un lado la falta de ajuste metodológico entre la Filosofía Experimental y la Economía Experimental, ¿qué enseñanzas se pueden extraer de ese desajuste a la hora de responder a la objeción de Kauppinen? ¿Nos puede facilitar la metodología proveniente de la Economía Experimental un modo de aislar las “intuiciones robustas” de los hablantes? ¿Pueden los procedimientos típicos de la Economía Experimental contribuir a que aislemos de modo más fiable ese tipo de intuiciones conceptuales? En definitiva, ¿cómo respondemos a (ii)?

Para responder a (ii) hay que volver de nuevo al foco del análisis conceptual, el método filosófico que ha motivado el surgimiento de la Filosofía Experimental. Entender de modo cabal la naturaleza de ese foco –entender en qué consiste el análisis de conceptos o la descripción de nuestra competencia conceptual en algunos dominios– nos puede ayudar a poner en perspectiva algunos de los rasgos metodológicos que acabamos de enumerar.

El punto general que nos interesa remarcar sobre nuestra competencia conceptual es su carácter complejo. Ser competente con un determinado concepto C implica ejemplificar, a varios niveles, ciertas disposiciones. La competencia conceptual implica capacidades o disposiciones discriminativas, capacidades o disposiciones relacionadas con el razonamiento o con el rol que C juega en ese razonamiento y capacidades o disposiciones a producir ciertas respuestas (Margolis y Lawrence 1999; ver Pettit 1993, 54-106 para el tipo de enfoque que nos resulta útil en relación con este complicado tema). Es importante destacar que a este último nivel, al nivel de respuesta o ejemplificación de la competencia conceptual, ser competente en la ejemplificación de C implica en muchas ocasiones ser capaz de aplicar C a ciertas situaciones *diciendo* de algo que es C. Ser competente en relación con C implica, en casos centrales, decir ciertas cosas en ciertas situaciones. Pero ser competente en relación con C también lleva aparejado, y esto es lo importante para los propósitos de este artículo, *comportarse* de modo tal que nuestra conducta caiga bajo aquellas reglas que rigen el uso de C. Y esto con independencia de cuándo seamos capaces de decir que algún X es C. Basta con que seamos capaces de comportarnos hacia X como si fuese un caso de C para que alguien nos pueda adscribir con garantías la posesión de C.

Cuando tenemos en mente este aspecto conductual o práctico de nuestra competencia conceptual, cuando reparamos en el hecho de que gran parte de lo que implica usar un concepto de forma adecuada tiene que ver con la capacidad de actuar de cierta manera en una situación determinada, la relevancia de la metodología proveniente de la Economía Experimental para el estudio de nuestra competencia conceptual resulta clara. Gran parte de la metodología típica de la Economía Experimental descansa precisamente en un supuesto comportamental, un supuesto que asigna mucho peso a la conducta del agente en determinados contextos gobernados por incentivos económicos, por encima de sus respuestas lingüísticas. Podría decirse que frente al excesivo énfasis que la Filosofía Experimental pone en aquellas respuestas lingüísticas de los sujetos experimentales, sujetos situados ante viñetas y cuestionarios, la Economía Experimental busca aislar fundamentalmente las *manifestaciones conductuales* asociadas a ciertos conceptos. Es así como podemos interpretar, por ejemplo, la reciente avalancha de estudios experimentales centrados en nuestro con-

cepto de justicia (Frohlich y Oppenheimer 1993; Fehr y Fichsbacher 2003. Consultar Hauser 2007 capítulo 2 para un informativo y ameno resumen). Estos estudios identifican las respuestas comportamentales de los agentes en ciertos escenarios bien definidos (mediante teoría de juegos). Y esas respuestas en muchos casos falsan las respuestas lingüísticas de otros sujetos ante ciertos escenarios hipotéticos en los que el concepto de justicia es operativo. Aunque ambos enfoques de la justicia —el clásico inspirado en un análisis conceptual del concepto de justicia según la línea inaugurada por Rawls y el más reciente centrado en juegos sobre cierto tipo de repartos— se ocupan de nuestro concepto de justicia, parece que ambos lo hacen desde diferentes niveles. Es decir, parece que esos dos enfoques están interesados en diferentes aspectos de nuestra competencia conceptual.

En cualquier caso, una vez que tenemos en cuenta la naturaleza dual de nuestra competencia conceptual —al menos a nivel de producción de respuestas dentro de un determinado dominio— la Economía Experimental parecería en principio bien pertrechada metodológicamente para, *al menos*, aislar la vertiente comportamental de nuestra competencia conceptual en relación con un determinado concepto C. Muchos de los rasgos enumerados arriba podrían, de hecho, interpretarse como recetas metodológicas concretas que permitirían afinar en la consecución de ese objetivo. El uso de incentivos económicos y la repetición de las tareas van en la línea de afinar la fiabilidad de esas respuestas conductuales de tipo complejo, tratando de determinar en qué medida su ejemplificación varía con el aprendizaje. Pero dónde más se nota el interés de la Economía Experimental por aislar el componente conductual de nuestra competencia conductual es sin duda en su constante apelación a guiones o *scripts*. Estas herramientas detallan el tipo de acción que se desea estudiar (una propuesta monetaria, el castigo ante cierto reparto hecho por terceros, etc.), las alternativas disponibles para el agente y los costes económicos asociados a cada alternativa. Cada uno de estos elementos contribuye a focalizar el tipo de respuesta que le interesa al experimentador, por encima de los simples informes que pueda facilitar el sujeto.

Evidentemente, de todo lo que acabamos de decir no se sigue que las manifestaciones lingüísticas ligadas a nuestra competencia conceptual sean irrelevantes para la Filosofía Experimental. Más bien se trata de que la Economía Experimental podría suplementar los métodos propios de la Filosofía Experimental, sin pretender en ningún caso sustituirlos completamente. Así, donde encontramos variedad en las respuestas *lingüísticas* de los sujetos acerca de C, por ejemplo, podríamos también encontrar uniformidad en sus respuestas *conductuales*. Estas tensiones entre hallazgos experimentales conductuales (Economía Experimental) y hallazgos experimentales lingüísticos (Filosofía Experimental) en relación con

nuestra competencia conceptual dentro de cierto dominio, sin embargo, no deberían ser preocupantes. Lo contrario parece ser el caso: algunas de esas tensiones serían tremendamente informativas. Esas situaciones “de conflicto” nos permitirían identificar de modo más detallado y complejo casos en los que el lenguaje, una herramienta altamente permeable a influencias distorsionadoras, pervierte nuestra competencia conceptual a nivel conductual, así como la función asociada con ciertos conceptos (Haidt 2001; 2012. Nichols 2004a). Sin embargo, en otras ocasiones —cuando existe, por ejemplo, una alta uniformidad en las respuestas lingüísticas de los sujetos— el hallazgo de una divergencia significativa entre nuestra competencia conceptual *conductual* y nuestra competencia conceptual a nivel *lingüístico* podría sugerir que eso que los Economistas Experimentales tienden a denominar sesgos en la aplicación de C quizás sea un componente constitutivo de nuestra competencia global en relación con C. Es decir, pueden darse casos en los que algunos economistas identifican un aparente sesgo a nivel lingüístico (debido a la divergencia entre esas respuestas y sus hallazgos conductuales), pero eso en realidad ofrece pistas valiosas sobre la naturaleza constitutiva de nuestra competencia conceptual — debido a la elevada uniformidad de la respuesta lingüística (Alexander 2012, 110-113).

Por tanto, no se trata simplemente de preguntar si la Economía Experimental puede aislar las intuiciones robustas de los agentes sobre un determinado concepto. Antes hay que ser consciente de la naturaleza dual de esas intuiciones. Cuando entendemos que esas intuiciones se manifiestan únicamente a nivel lingüístico (una asunción compartida por los defensores clásicos del análisis conceptual, por los filósofos experimentales y por Kauppinen), la Economía Experimental no facilitará herramientas metodológicas fiables para identificar tales intuiciones³. Si asumimos, como deberíamos, que nuestra competencia conceptual tiene un carácter dual, la Economía Experimental puede ofrecer una vía metodológicamente más fiable para acceder al menos a cierto nivel de nuestra competencia conceptual, suplementando la indagación propia del análisis conceptual y de la Filosofía Experimental.

En suma: aunque la imagen que defendemos sobre las relaciones entre Filosofía Experimental y Economía Experimental lleva aparejadas tensiones, una Filosofía Experimental suplementada por alguno de los métodos propios de la Economía Experimental tiene más posibilidades de asilar nuestra competencia conceptual que una Filosofía Experimental que simplemente democratice los métodos propios del análisis conceptual mediante el uso de encuestas y viñetas.

³ Kauppinen, dicho sea de paso, se aprovecha de esto, y por eso incide únicamente en la vertiente lingüística de nuestra competencia conceptual

4. Conclusión

Los filósofos experimentales parten del cuestionable supuesto de que las respuestas de los sujetos a cuestiones hipotéticas, cuestiones formuladas a partir de cuestionarios y viñetas, nos proporcionan *sin más* acceso a sus intuiciones sobre asuntos tales como la naturaleza de la acción intencional, la responsabilidad o el conocimiento. Esas intuiciones funcionan, según ellos, como datos empíricos acerca de la competencia conceptual de esos sujetos. Esos datos, además de decirnos cosas muy interesantes sobre el funcionamiento de la mente humana, permiten cuestionar algunas de las teorías filosóficas más influyentes sobre la intencionalidad, la libertad o la responsabilidad. Este supuesto general, sin embargo, implica una ingenua aplicación de los métodos experimentales típicos de la ciencia a lo que se conoce como análisis conceptual. Ingenua porque en un sentido intuitivo las respuestas inmediatas de los agentes ante ciertos escenarios hipotéticos caen fuera de lo que muchos ven como dominio específico de la Filosofía, es decir, el estudio de nuestras intuiciones más reflexivas e informadas. Pero la ingenuidad va más allá de ignorar el dominio propio de la Filosofía, entendida como análisis conceptual. Además, la metodología usada por los filósofos experimentales no permite asegurar que lo que se obtiene se corresponda con la competencia conceptual robusta de los sujetos, más allá de meros sesgos o prejuicios derivados del modo en que se diseñan los experimentos relevantes.

La segunda objeción apuntada arriba ha cobrado fuerza en tiempos recientes (ver Alexander 2012, 110). En este artículo hemos tratado de defender a la Filosofía Experimental de esta objeción, proponiendo un giro metodológico hacia la Economía Experimental. Adoptar algunos de los métodos propios de la Economía Experimental para identificar la competencia conceptual de los sujetos podría suplementar a la Filosofía Experimental y su interés por aislar la competencia conceptual efectiva de los sujetos. La necesidad de esta suplementación se justifica, o eso hemos defendido, por la naturaleza dual de nuestra competencia conceptual. En la medida en que la Economía Experimental está especialmente bien pertrechada para identificar nuestra competencia conductual a nivel comportamental, los filósofos experimentales deben tener en cuenta su metodología para corregir, comparar y extraer conclusiones más generales en relación con nuestra competencia conceptual.

Suplementar la Filosofía Experimental desde la Economía Experimental generará sin duda tensiones. Pero también beneficios inmediatos. Uno de esos beneficios sería la inmediata disponibilidad de un marco que nos permita juzgar cuándo ciertos sesgos en nuestras respuestas son parte constitutiva de nuestra competencia conceptual en relación con C y cuándo ciertos otros sesgos (especialmente

divergentes en relación con la manifestación conductual de nuestra competencia conceptual sobre C) son el resultado de ilusiones, mecanismos ideológicos o prejuicios, aspectos que poco tienen que ver con la función ligada a C.

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, F. y Steadman, A. (2004). "Intentional Action in Ordinary Language: Core Concept or Pragmatic Understanding?", *Analysis* 64, pp. 173-181
- Aguiar, F., Gaitán, A. y Rodríguez López, B. (2014), "Robust Intuitions, Experimental Ethics and Experimental Economics: Bringing Reflective Equilibrium into the Lab" en C. Luetge, H. Rush y M. Uhl (eds.), *Experimental Ethics. Toward an Empirical Moral Philosophy*, Nueva York, Palgrave.
- Alexander, J. (2012), *Experimental Philosophy. An Introduction*, Londres, Polity Press.
- Alexander, J. y Weinberg, J. (2007), "Analytic Epistemology and Experimental Philosophy", *Philosophy Compass* 2, pp. 56-80.
- Appiah, K. A. 2008. *Experiments in Ethics*, Harvard, Harvard University Press. [*Experimentos de ética*, Madrid, Katz Editores]
- Bardsley, N, Cubitt, R, Loomes, G., Moffrat, P., Starmer, Ch. y Sudgen, R. (2010), *Experimental Economics. Rethinking the Rules*, Princeton, Princeton University Press.
- Cullen, S. (2010), "Survey-Driven Romanticism", *Review of Philosophy and Psychology* 1, pp. 275-296
- Devitt, M. (1994), "The Methodology of Naturalist Semantics", *The Journal of Philosophy* 91, pp. 545-572.
- Diamond, P. y Vartianen, H. (2008, eds.), *Behavioral Economics and Its Applications*, Princeton, Princeton University Press.
- Elgin, C. (1996), *Considered Judgment*, Princeton, Princeton University Press.
- Fehr, E. y Fischbacher, U. (2003). "The Nature of human altruism" *Nature* 425, pp. 785-791.
- Fehr, E. y Gächter, S. (2002), "Altruistic punishment in humans" *Nature* 415, pp. 137-140.
- Frohlich, N. y Oppenheimer, J. (1993), *Choosing Justice. An Experimental Approach to Ethical Theory*, California, California University Press.
- Guala, F. (2005), *The Methodology of Experimental Economics*. Cambridge University Press.
- Guala, F. (2008), "Paradigmatic Experiments: The Ultimate Game from Testing to Measurement Device", *Philosophy of Science* 65, pp. 658-669.
- Haidt, J. (2001). "The emotional dog and its rational tail: A social intuitionist approach to moral judgment", *Psychological Review* 108, pp. 814-834

- Haidt, J. (2012). *The Righteous Mind*, Nueva York, Allen Lane.
- Hauser, M. (2007). *Moral Minds. The Nature of Right and Wrong*, Nueva York, Harper & Collins.
- Hertwig, R. y Ortmann, A. (2001), “Experimental practices in economics: A methodological Challenger for psychologists? *Behavioural and Brain Sciences* 24, pp. 383-451.
- Jackson, F. (2000), *From Metaphysics to Ethics. A Defence of Conceptual Analysis*, Oxford, Oxford University Press.
- Kahneman, D. y Tversky, A. (2000, eds.), *Choices, Values, and Frames*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Kauppinen, A. (2007), “The Rise and Fall of Experimental Philosophy”, *Philosophical Explorations* 10, pp. 95-108
- Kimmel, A. (1998), “In defense of deception”. *American Psychologist* 53, pp. 803-805.
- Kornblith, H., (2002), *Knowledge and its Place in Nature*, Oxford, Oxford University Press.
- Kornblith, H. (2007), “Naturalism and Intuitions”, *Grazer Philosophische Studien* 72, pp. 27-49.
- Knobe, J. (2003), “Intentional Action and Side-effects in Ordinary Language”, *Analysis* 63, pp. 190-194.
- Knobe, J. (2006), “The Concept of Intentional Action: A Case Study in the Uses of Folk-Psychology”, *Philosophical Studies* 130, pp. 203-231
- Knobe, J. y Nichols, S. (2008), “An Experimental Philosophy Manifesto” en Knobe, J. y Nichols, S. (eds). 2008, *Experimental Philosophy*, Oxford, Oxford University Press.
- Liao, M. (2008), “A Defence of Intuitions”, *Philosophical Studies* 140, pp. 247-262
- Machery, E., Mallon, R. Nichols, S. y Stich, S. (2004), “Semantics, cross-cultural style” *Cognition* 92 (3), pp. 1-12.
- Machery, E. y O’Neill, E. (2014 eds.), *Current Controversies in Experimental Philosophy*, Londres, Routledge.
- Margolis, E. y Lawrence, S. (1999, eds.), *Concepts: Core Readings*, Cambridge, MIT Press.
- Morton, R. y Williams, K. (2010) *Experimental Political Science and the Study of Causality*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Nadelhoffer, Th. y Nahmias, E. (2007), “The Past and Future of Experimental Philosophy”, *Philosophical Explorations* 10, pp. 123-149.
- Nichols, S., Stich, S. y Weinberg, J. (2003), “Metaskepticism: Meditations in ethno-epistemology” en Luper, S. (ed). *The Sceptics*, Burlington, Ashgate.

- Nichols, S. (2004), "Folk Concepts and Intuitions: From Philosophy to Cognitive Science", *Trends in Cognitive Sciences* 8, pp. 514-518.
- Nichols, S. (2004a), *Sentimental Rules*, Oxford, Oxford University Press.
- Norenzayan, A. y Schwarz, N. (1999), "Telling what they want to know: Participants tailor causal attributions to research's interests", *European Journal of Social Psychology* 29, pp. 1011-1020.
- Petrinovich, L. y O'Neill, P. (1996), "Influence of Wording and Framing Effects on Moral Intuitions", *Ethology and Sociobiology* 17, pp. 145-171.
- Pettit, P. (1993), *The Common Mind*, Oxford, Oxford University Press.
- Prinz, J. (2008), "Experimental Philosophy and Philosophical Intuition", en Knobe, J. y Nichols, S. (eds). 2008, pp. 231-240.
- Scholl, B. (2014). "Two Kinds of Experimental Philosophy (and their methodological dangers)", <http://xphi-europe.org/publikacje/SchollMethodologyNotes.pdf>, consultado el 26 de septiembre de 2014.
- Schwarz, N., (1996), *Cognition and Communication: Judgment Biases, Research Methods, and the Logic of Conversation*, Mahwah, Erlbaum.
- Schwarz, N. (1999), "What Respondents Learn From Questionnaires: The Survey Interview and the Logic of Conversation", *International Statistical Review* 63, pp. 153-168.
- Smith, M. (1994), *The Moral Problem*, Oxford, Blackwell.
- Strawson, P. (1992), *Analysis and Metaphysics*, Oxford, Oxford University Press
- Swain, S. Alexander, J. Weinberg, J. (2008). "The Instability of Philosophical Intuitions: Running Hot and Cold on Truetramp", *Philosophy and Phenomenological Research* 76, pp. 138-155.
- Weinberg, J. Nichols, S. y Stich, S. (2001), "Normativity and Epistemic Intuitions" *Philosophical Topics* 29 (1/2), pp. 429-460.
- Weinberg, Jonathan M., Shaun Nichols, and Stephan Stich. (2006), "Normativity and epistemic Intuitions", en R. Viale, D. Andler y L. A. Hirschfeld (eds.) *Biological and cultural bases of human inference*, Mahwah, Lawrence Erlbaum.
- Weinberg, J. (2007), "How To Challenge Intuitions Empirically Without Risking Skepticism", *Midwest Studies in Philosophy* 31, pp. 318-343.